SYLVIA PLATH

Mary Ventura y el noveno reino

Lectulandia

Labios del color de la sangre, el sol tornándose rojizo en el ocaso gris, cuervos que salen desbandados ante unas ruedas de tren que traquetean «culpa, culpa, culpa»: la extrañeza inunda el vagón que lleva a Mary Ventura hacia el noveno reino.

«Pero ¿qué es el noveno reino?», le pregunta a una mujer de ojos azules y piel arrugada. «Es el reino de la negación, de la voluntad congelada —responde—. No hay retorno posible.»

Inédita todo este tiempo, esta extraña y oscura historia sobre la agencia femenina y la independencia fue escrita en 1952 poco después que la misma autora, a sus 20 años, emigrara de su casa y lidiara con el propio movimiento de la mortalidad.

Sylvia Plath

Mary Ventura y el noveno reino

ePub r1.0
Leddy 03.05.2020

Título original: *Mary Ventura and the Ninth Kingdom*
Sylvia Plath, 2019
Traducción: Eugenia Vázquez Nacarino
Epílogo: Mariana Enriquez
Ilustraciones: Mònica Bonet
Diseño de cubierta: Mònica Bonet

Editor digital: Leddy
ePub base r2.1

NOTA A LA EDICIÓN INGLESA

Sylvia Plath escribió «Mary Ventura y el noveno reino» en 1952, cuando estudiaba en el Smith College.

La Mary Ventura de la vida real fue una de las amigas de Plath en el instituto. Plath había escrito previamente un cuento sobre ella, como parte de un trabajo de creación literaria en su segundo año en Smith. Ese cuento, en gran medida autobiográfico, hablaba de dos viejas amigas del colegio que se encontraban durante las vacaciones, y no compartía nada con este excepto el nombre de Ventura.

En diciembre de 1952 acabó de escribir este cuento —«un cuento vagamente simbólico», según la propia descripción de Plath— y lo mandó confiando en que se lo publicara la revista *Mademoiselle*, donde había ganado recientemente un premio de escritura. Fue rechazado.

Casi dos años más tarde, Plath revisó el cuento. Cambió el título por «Marcia Ventura y el noveno reino» y lo hizo menos siniestro, acortándolo a tal punto que parecía inacabado.

La versión de la presente edición es el trabajo original rechazado: el más rico y, a juicio de sus editores originales, Faber & Faber, el mejor. Esta es la primera vez que se publica. Se ha respetado toda la ortografía original.

MARY VENTURA Y EL NOVENO REINO

Luces rojas de neón parpadeaban automáticamente, y una voz resonaba por el altavoz. «Salida del tren, en la vía tres… Salida del tren con destino… Salida del tren…»

—Sé que ese debe ser tu tren —dijo la madre de Mary Ventura—. Estoy segura, cariño. Deprisa. Date prisa, vamos. ¿Llevas el billete?

—Sí, madre, lo llevo. Pero ¿tengo que irme ahora mismo? ¿Tan pronto?

—Ya sabes cómo son los trenes —dijo el padre de Mary. Parecía anónimo, con su sombrero gris de fieltro, como si viajara de incógnito—.
Ya sabes cómo son los trenes. No esperan.

—Sí, padre, lo sé.

La aguja larga y negra del reloj de la pared recortó otro minuto. Había gente corriendo por todas partes hacia los trenes. Encima, la bóveda de la estación de ferrocarril se elevaba como la cúpula de una inmensa catedral.

«Salida del tren, en la vía tres… Salida del tren con destino… Salida del tren…»

—Date prisa, cariño.

La señora Ventura agarró a Mary del brazo y la empujó por los relucientes pasillos de mármol de la terminal. El padre de Mary iba detrás, cargándole la maleta. Otra gente se apresuraba hacia la entrada de la vía número tres. Un revisor con un uniforme negro y la cara tapada por la visera de la gorra conducía a la multitud hacia la intrincada reja negra de la puerta de hierro por la que se accedía al andén.

—Madre —dijo Mary, deteniéndose en seco al oír el silbido colosal de la locomotora en el foso de la vía—. Madre, no me puedo ir hoy. No puedo y ya está. Aún no estoy preparada para irme de viaje.

—Bobadas, Mary —su padre la cortó en seco, jovialmente—. Son los nervios, nada más. Viajar al norte no va a ser ningún martirio. Solo has de

subir al tren y no preocuparte de nada hasta que llegues al final de la línea. El revisor te explicará dónde has de ir después.

—Anda, va, sé buena chica. —La madre de Mary le colocó un mechón de pelo rubio como el oro que se había escapado del sombrero negro de terciopelo—. Será un viaje agradable. Todo el mundo ha de irse de casa alguna vez. Todo el mundo tiene que marcharse tarde o temprano.

Mary cedió.

—Bueno, de acuerdo.

Se dejó guiar a través de la verja de hierro forjado y por la rampa de cemento hasta el andén, donde el aire estaba cargado de vapor.

«Extra, extra —gritaban los chicos que vendían periódicos en las puertas del tren, anunciando los titulares—. Extra… Diez mil personas sentenciadas… diez mil personas más…»

—No hay nada —dijo la madre de Mary, con voz arrulladora—, absolutamente nada que deba preocuparte.

Se abrió paso a empujones a través del gentío caótico, y Mary la siguió hasta llegar al penúltimo coche del tren. Había una larga hilera de asientos mullidos rojos, que adquirían la tonalidad del vino a la brillante luz del techo, y las juntas del vagón estaban ribeteadas con remaches de latón.

—¿Qué tal este asiento, aquí en el medio?

El señor Ventura, sin esperar una respuesta, subió la maleta de Mary al portaequipajes. Se hizo a un lado. La señora Ventura se llevó un pañuelo a la boca pintada de rojo, empezó a decir algo, se interrumpió. No había, al fin y al cabo, nada más que decir.

—Adiós —dijo Mary con afecto automático.

—Adiós, cariño. Que te diviertas.

La señora Ventura se acercó a darle un beso distraído, ensimismado.

Entonces el señor y la señora Ventura dieron media vuelta y se alejaron por el pasillo hacia la puerta abierta. Mary los saludó con la mano, pero ya habían desaparecido y no la vieron. Ocupó el asiento de la ventanilla, quitándose primero el abrigo rojo y colgándolo en el perchero de latón que había junto al marco de la ventanilla. Casi todos los demás pasajeros estaban acomodados, pero alguno que otro iba todavía por el pasillo buscando sitio. Una señora con una chaqueta azul, cargando en brazos a un bebé envuelto en una mantilla blanca sucia, se paró un momento al lado del asiento de Mary, pero enseguida continuó hasta el fondo del coche, donde había más espacio.

—¿Está ocupado este asiento?

La mujer había llegado atolondradamente por el pasillo, resoplando y colorada, con un bolso de color tierra en la mano. Sus ojos azules se fruncieron en un cúmulo de arrugas y su boca, grande y generosa, se expandió en una sonrisa.

—No, no hay nadie.

Mary no pudo evitar devolverle la sonrisa. Se acercó un poco más a la ventanilla y miró a la mujer mientras se quitaba el maltrecho sombrero oscuro y el abrigo de paño oscuro.

—Uf —suspiró la mujer, hundiéndose pesadamente en el mullido asiento rojo—. Creí que por poco me quedaba en tierra. El tren está a punto de ponerse en marcha.

La locomotora soltó un bufido, se estremeció y se detuvo.

—¡Al tren… pasajeros al tren! —gritó una voz desde fuera.

La puerta del vagón se cerró de golpe con un chasquido final, confinándolos a todos dentro.

—Ya está —dijo la mujer—. Partimos.

Se levantó vapor al otro lado del vidrio mientras el tren echaba a andar lentamente por la vía, y no se veía nada más allá de las nubes de humo y hollín.

La mujer metió la mano en el bolso y sacó una labor de punto recién empezada, suave, tejida con una lana verde hoja.

—¡Oh! —exclamó Mary—. Es precioso. ¿Qué será?

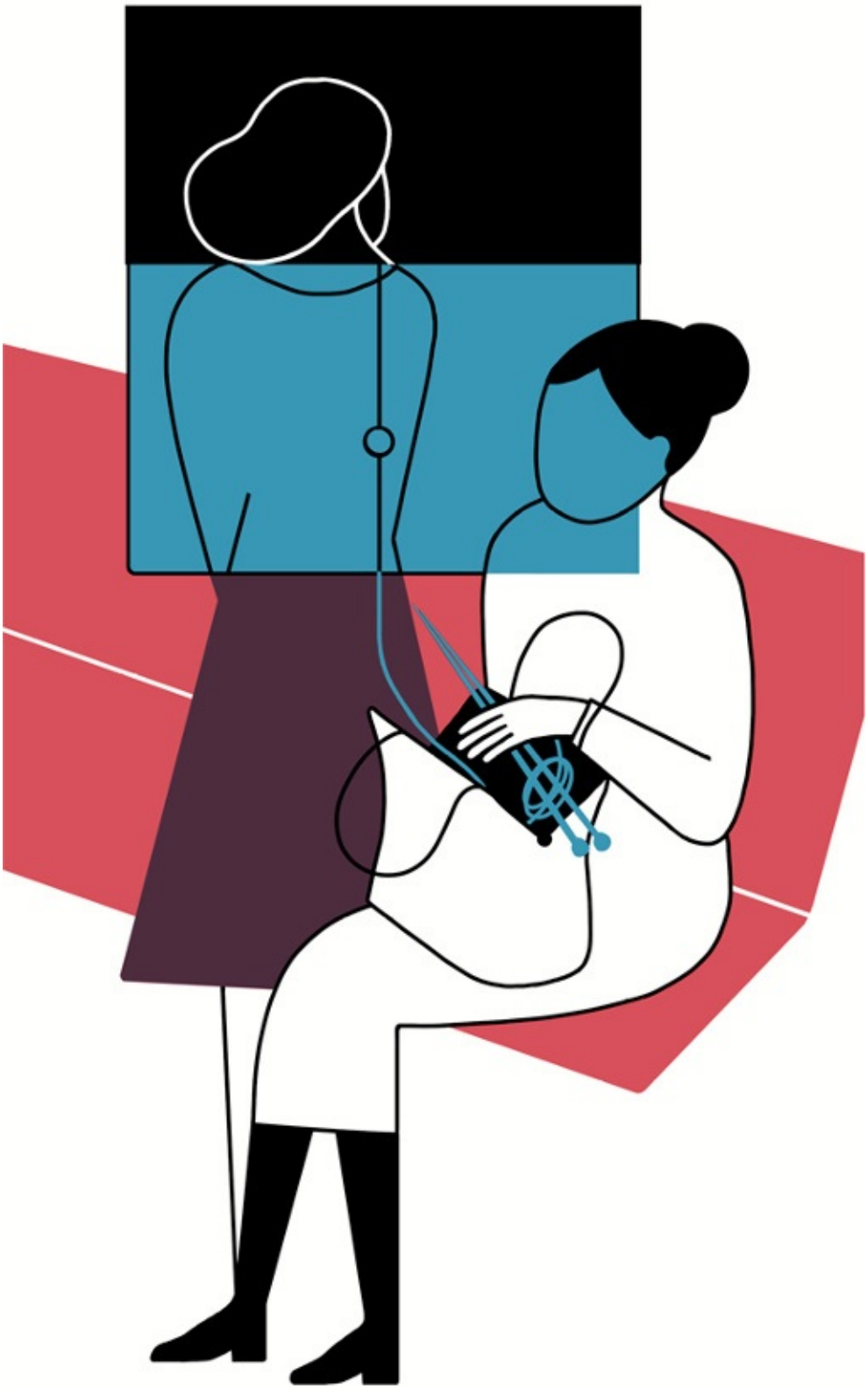
—Un vestido, cuando esté acabado. —La mujer observó a Mary, entornando los ojos—. Y para una chica de tu misma talla, además.

—Seguro que le encantará.

La mujer miró a Mary con una sonrisa divertida.

—Eso espero —dijo, y se quedó callada.

El tren aún estaba traqueteando por el túnel oscuro cuando empezó el jaleo en la fila de delante. Había dos niños sentados allí, mientras su madre iba al otro lado del pasillo leyendo una revista. Estaban jugando con soldaditos de plomo.



—Dame ese —dijo el niño más grande y de ojos negros a su hermano—. Ese soldado es mío. Me lo has quitado.

—No —dijo el chaval pálido, de pelo claro—. No te lo he quitado.

—Claro que sí. Te he visto. —El niño mayor agarró un soldadito de plomo y le atizó a su hermano en la frente—. ¡Toma! Para que aprendas.

El chichón empezó a sangrar y a ponerse morado. El niño más pequeño se puso a lloriquear.

—Te odio —gimió—. Te odio.

La madre continuaba enfrascada en su revista.

—Vamos, vamos, ya basta —dijo la mujer sentada junto a Mary, inclinándose hacia el respaldo de delante. Alargó la mano para limpiar con cuidado la sangre de la frente del niño con la punta de su pañuelo de hilo blanco—. Tendría que daros vergüenza, muchachos, armar todo este escándalo sin ton ni son. Por un ridículo par de soldaditos de plomo.

Los chiquillos se pusieron de morros ante la intromisión y empezaron a jugar en silencio otra vez.

La mujer se recostó en su asiento.

—No sé qué les pasa a los niños de hoy en día. Parece que van cada vez a peor.

Suspiró y empezó a tejer de nuevo. Afuera de repente creció la luz.

—Mire —dijo Mary—. Hemos salido del túnel.

El tren había salido disparado hacia la sombría tarde gris, y los inhóspitos campos otoñales se extendían a ambos lados de las vías, más allá de los lechos de grava. Suspendido en el cielo se veía un disco plano y naranja, que era el sol.

—¡Qué denso y cargado de humo está el aire! —exclamó Mary—. Nunca había visto el sol de un color tan extraño.

—Es por los incendios forestales —contestó la mujer—. El viento del norte siempre trae el humo en esta época del año. Más adelante aún se hará más denso.

Una choza de madera con las ventanas condenadas apareció junto a la vía y en un instante se perdió de vista.

—¿Qué hace una casa ahí, tan lejos de todo?

—No era una casa. En otros tiempos era la primera estación del trayecto, pero ahora ya no se usa mucho, así que está clausurada. Este viaje ha acabado por ser prácticamente directo.

Acunada por el ritmo inexorable de las ruedas del tren, Mary contempló el paisaje por la ventanilla. En uno de los maizales distinguió un espantapájaros, dos bastones torcidos clavados en cruz, y debajo las mazorcas de maíz putrefactas. El abrigo negruzco y raído ondeaba al viento, vacío, sin sustancia. Y a los pies del ridículo monigote se paseaban los cuervos de un lado a otro, picoteando el suelo seco en busca de granos.

El tren avanzaba a toda velocidad.

—Me parece que iré a por un café al coche comedor —oyó entonces Mary que decía la mujer—. ¿Te apetece venir?

—Cómo no —dijo Mary—. Cómo no, me gustaría estirar las piernas.

Se levantaron y se dirigieron por el pasillo hacia el siguiente vagón. Era el compartimento de fumadores, y el aire viciado irritó los ojos de Mary. Junto a las ventanillas había mesas de naipes preparadas y la mayoría de los hombres estaban jugando al póquer. Camareros de chaqué blanco se deslizaban de arriba abajo con bandejas, sirviendo bebidas. Se oían sonoras carcajadas, y el tintineo del hielo en los vasos.

—El siguiente vagón es el coche comedor —le susurró la mujer volviendo la cabeza.

Empujó la puerta, cruzó la plataforma oscilante y entró en el siguiente vagón, seguida de cerca por Mary.

En mullidos divanes rojos, los pasajeros se reclinaban, comiendo manzanas y ciruelas y uvas de invernadero de los cuencos de fruta repartidos por las lustrosas mesas de madera. Sonaba una lánguida música de salón por un altavoz oculto en algún lugar de la pared.

La mujer se detuvo en una mesa para dos y le hizo una seña a Mary de que se sentara.

—¿Qué desean pedir? —preguntó el camarero negro, que vestía un traje blanco a medida y sujetaba el lápiz sobre un bloc de papel.

Mary no lo había visto llegar. Había traído agua con hielo para las dos.

—Creo que tomaré un refresco de jengibre —dijo Mary.

—Yo tomaré lo de siempre —contestó la mujer, sonriendo.

—Por supuesto… Café, crema de leche y azúcar.

El camarero negro la miró con una gran sonrisa y garabateó jeroglíficos en su bloc.

Llegaron las bebidas, el café humeante en una taza de cerámica verde esmaltada, y el refresco de jengibre, lleno de burbujitas plateadas, en un vaso largo con una guinda roja en el fondo.

—¡Qué delicia! —gritó Mary—. Nunca había estado en el coche comedor de un tren. Es muy lujoso.

—Sí —convino la mujer, calentándose las manos con la taza humeante de líquido oscuro—. Sí, la verdad es que procuran hacer el viaje lo más placentero posible.

Mary se relajó, disfrutando de la comodidad mientras tomaba su refresco de jengibre. Con la sutil luz de ambiente, los mullidos asientos eran de un rojo cálido, y la música cadenciosa salía sin cesar del altavoz oculto. Mary apuró el último sorbo del refresco e inclinó el vaso para que la guinda rodara hasta la palma de su mano. Se la metió en la boca y mordió la dulce pulpa de la fruta.

Al otro lado de la ventanilla panorámica, el sol anaranjado se hundía en el ocaso gris. Parecía más pequeño que la última vez que Mary lo había mirado, y el color naranja se iba tornando rojizo.

—Cielos, qué rápido se está haciendo tarde —observó Mary, contemplando el paisaje baldío en la penumbra creciente.

—Apenas se nota que pasa el tiempo en este viaje —asintió la mujer—. Se está tan a gusto aquí, dentro del tren… Pero acabamos de dejar atrás la quinta parada del recorrido, y eso significa que pronto entraremos en el túnel largo. ¿Volvemos a nuestros asientos?

—Sí, volvamos. ¿Pagamos ahora?

—No —dijo la mujer—. Te lo suman a la cuenta y pagas al final del trayecto.

Se levantó y volvió hacia el vagón, plantando con firmeza un pie, y luego el otro, a lo largo del pasillo que se mecía con la velocidad del tren.

De vuelta en sus asientos, la mujer retomó la labor de punto, y Mary vio pasar distraídamente las yermas tierras de labranza. Al final del vagón, el bebé empezó a llorar, malcriado y caprichoso. Tres hombres de negocios volvían del bar de cócteles, tambaleándose con el traqueteo del tren y riéndose. Las luces del techo eran estrellas duras y deslumbrantes.

—¡Maldito mocoso! —farfulló uno de los hombres.

—Ya, y que lo digas —replicó un segundo hombre.

Y bajo sus sombreros grises de fieltro, los tres hombres eran exactamente iguales. Dando tumbos, tambaleándose, se abrieron paso hasta la otra punta del vagón, y el bebé siguió llorando como si fuese a llorar para siempre.

Entonces el tren se lanzó al interior de otro túnel subterráneo. Rocas oscuras se cernían silenciosas y veloces frente a la ventanilla, y las ruedas giraban inexorables como los engranajes de un reloj gigantesco.

Un vendedor ambulante abrió la puerta al principio del vagón y recorrió el pasillo, balanceándose al andar.

—Caramelos, palomitas, anacardos… —pregonaba—. Hay caramelos, palomitas, anacardos…

—Mira —dijo la mujer, abriendo su cartera marrón y sacando un monedero muy usado—. Compraré una chocolatina para las dos.

—Oh, no —protestó Mary—. Por favor, yo la pagaré.

—Ni hablar, cariño —dijo la mujer—. Déjame invitarte. He visto que eres golosa. Además, ya tendrás que pagar bastante al final del viaje.

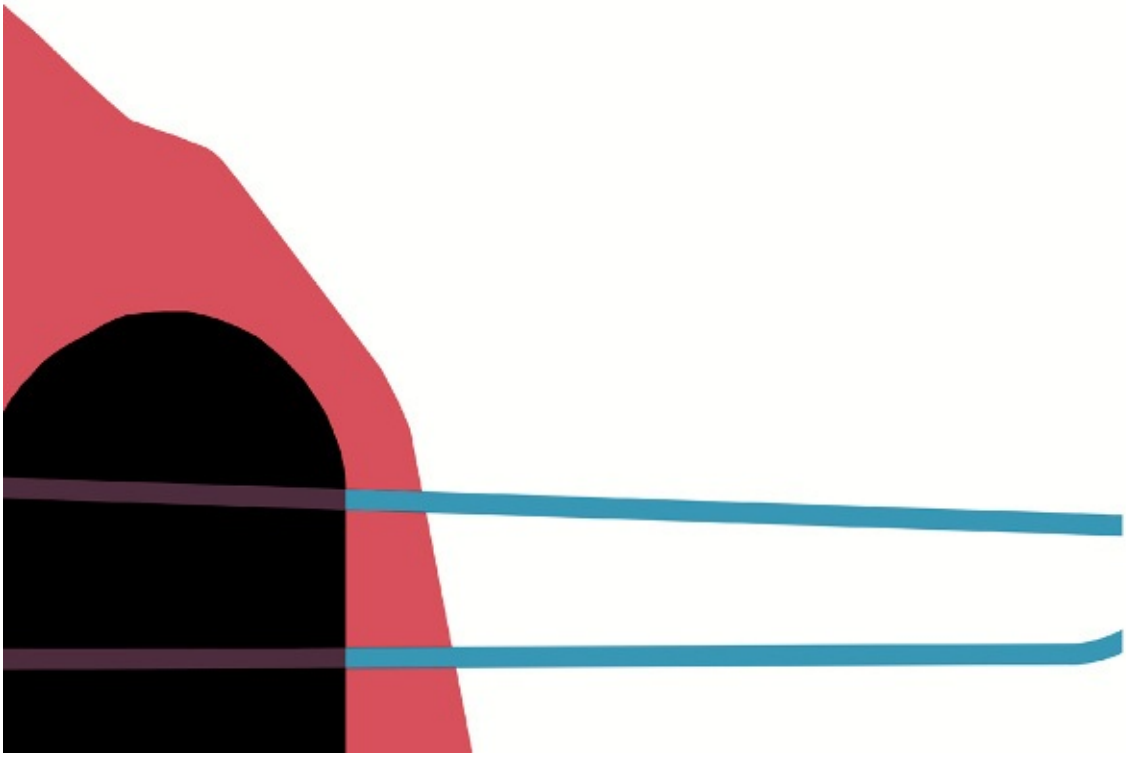
El vendedor se paró en su asiento y se echó hacia atrás la visera de la gorra roja, enganchando los pulgares al chaleco de seda, de rayas rojas y blancas.

—¿Qué va a ser? —empezó, con una voz aburrida, rutinaria—. Tenemos…

Se interrumpió al reconocer a la mujer, y estalló en una sonora carcajada.

—¿Haces el mismo viaje otra vez? —Bajó la voz, y añadió en tono de confidencia—: Verás, no hay nada para ti en esta remesa. El trato está firmado, sellado y despachado. Firmado, sellado y despachado.

—No estés tan seguro, Bert. —La mujer sonrió amablemente—. Incluso los contables se pueden equivocar, de vez en cuando.



—Los contables quizá, pero no el jefe. —Bert hizo sonar el monedero negro del cambio con una sonrisa taimada—. El jefe los tiene a todos en el bote. Se ha encargado personalmente esta vez, personalmente.

La mujer se echó a reír de buena gana.

—Me lo imagino, después del fallo que tuvo en el último viaje, haciendo que se cruzaran los trenes en el nivel superior. Uy, ahora no podría sacar a esa gente de los jardines de abajo ni aunque quisiera. Echaron a correr por los jardines como niños, más contentos que un cascabel. ¿Crees que le obedecerían y volverían al subterráneo que les corresponde? Ni lo sueñes.

Bert arrugó la cara como un mono.

—Ya —dijo, alicaído—. Ya, supongo que de vez en cuando has de llevarte un porcentaje.

—Por eso estoy aquí —repuso la mujer—. Dame una chocolatina.

—¿Grande o pequeña?

—Grande —dijo la mujer, y le dio una moneda.

—Bueno, pues adiós —dijo Bert, llevándose la mano a la gorra—. ¡Suerte con la búsqueda! —Y se alejó balanceándose por el pasillo, anunciando con aburrido sonsonete—: Caramelos, palomitas, anacardos…

—Pobre Bert —le comentó la mujer a Mary, quitando el envoltorio de la chocolatina sin rasgar el frágil papel de plata—. Echa de menos hablar con alguien en esta línea… El viaje es tan largo que prácticamente nadie lo hace dos veces.

Partió la tableta de chocolate oscuro y le ofreció un buen pedazo a Mary. El aroma del cacao subió, dulce e intenso.

—Mmm —musitó Mary—. Qué bien huele.

Dio un bocado y dejó que se le deshiciera en la lengua, saboreando el dulzor y dejando que el almíbar resbalara por la garganta.

—Usted parece conocer mucho esta ruta —le dijo Mary a la mujer—. ¿Viaja a menudo?

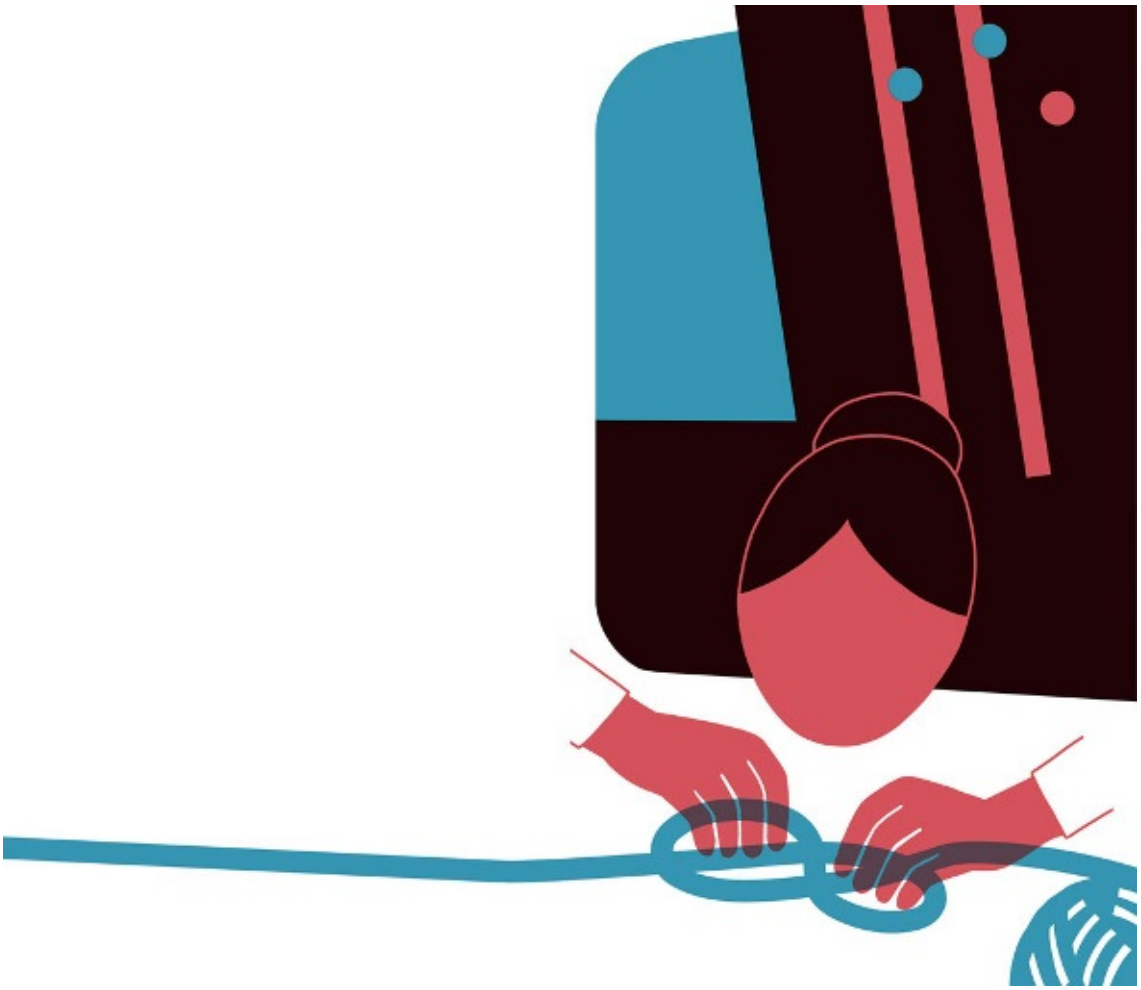
—Cielos, sí. He estado viajando de aquí para allá desde que me alcanza la memoria. Pero este es el recorrido que hago con más frecuencia.

—¡No me extraña! Es un viaje comodísimo. Disponen de tantos pequeños detalles, como los refrigerios cada hora, y las copas en el salón de naipes, y los divanes en el coche comedor… Te sientes casi como en un hotel.

La mujer le lanzó una mirada incisiva.

—Sí, querida mía —dijo secamente—, pero recuerda que se paga. Todo se paga al final. Hacen el viaje atractivo porque ese es su negocio. La compañía ferroviaria tiene algo más que un interés puramente amistoso en los pasajeros.

—Supongo que tiene razón —reconoció Mary con una risa—. No se me había ocurrido verlo así. Pero dígame, ¿cómo será cuando bajemos del tren? No me hago a la idea. Las carpetas del viaje no dicen nada sobre el clima o las gentes del norte, nada de nada.



La mujer se inclinó sobre la labor de punto, abstraída de repente. Había un nudo en la hebra. Con presteza, desenredó la lana y siguió tejiendo.

—Vas hasta el final de la línea, supongo —dijo.

—Exacto, hasta el final de la línea. Padre dijo que no tenía que preocuparme de transbordos ni nada, y que el revisor me diría adónde ir desde allí.

—La última estación —murmuró la mujer—. ¿Estás segura?

—Sí. Por lo menos eso dice en mi billete. Es un billete tan extraño que el número se me quedó grabado, rojo sobre negro. El noveno reino, decía. Es una curiosa manera de nombrar las estaciones de tren.

—Con el tiempo te acostumbras —dijo la mujer, como hablando para sí—. Igual que a todas las pequeñas y absurdas divisiones y subdivisiones y clasificaciones. Arbitraria, es lo que es. Arbitraria. Pero nadie parece darse cuenta, hoy en día. Un pequeño movimiento, un gesto positivo, y toda la estructura se desmoronaría, se vendría abajo por completo.

—No acabo de entender a qué se refiere —dijo Mary.

—Claro que no, claro que no, querida. Me he dejado llevar completamente. Estaba hablando en círculos. Pero dime, ¿has notado, mientras estabas aquí sentada, algo peculiar en la gente que viaja en este tren?

—Uy, no —dijo Mary con cautela—. No, no —repitió, desconcertada—. Todo el mundo parece normal y corriente.

La mujer suspiró.

—Supongo que yo soy demasiado sensible… —dijo.

Parpadearon luces rojas de neón al otro lado del vidrio, y el tren frenó al entrar en la estación del sexto reino y se detuvo con una sacudida. La puerta del vagón se abrió de par en par, y el revisor fue con paso resuelto por el pasillo hasta la mujer rubia con la boca pintada de rojo sentada delante de todo, que palideció, se arropó con sus pieles y se encogió hacia atrás.

—Todavía no —dijo—. Por favor, todavía no. Esta no es mi parada. Deme un poco más de tiempo.

—Permítame ver su billete —dijo el revisor, y la mujer se humedeció los labios, del color de la sangre.

—No sé dónde lo he puesto. No lo encuentro —dijo.

—Está en el segundo dedo de su guante —dijo el revisor con voz monótona—. Donde lo ha escondido cuando he entrado.

Enojada, la mujer se quitó de un tirón el guante de la mano derecha, sacó el resguardo de cartulina roja y se lo lanzó. El revisor picó el billete, lo rasgó en dos y le devolvió el trozo más pequeño.

—Su transbordo para cruzar el río —dijo—. Creo que será mejor que baje ahora.

La mujer no hizo ademán de marcharse. El revisor la agarró del brazo.

—Lo siento, pero debe irse ahora —insistió—. No podemos perder el tiempo en este tren. Tenemos un horario que cumplir. Tenemos un cupo de pasajeros.

—Ya voy —contestó la mujer, poniéndose de morros—. Pero suélteme el brazo. Duele. Arde.

Se levantó y caminó por el pasillo, con la falda de lana carmesí balanceándose y enredándose en sus piernas, y la cabeza erguida, orgullosa y

desafiante. Al pie de la puerta del vagón, en el andén, la estaban esperando dos guardias de la estación. Bajo el resplandor rojo de la luz de neón que caía de lleno sobre ellos, se llevaron a la mujer, uno de cada brazo, por la puerta con barrotes de la salida.

El revisor volvió a recorrer el vagón, pasándose un gran pañuelo rojo de seda por la frente. Se detuvo junto al asiento de Mary, sonriendo al ver a la mujer. Tenía unos ojos negros, insondables, aunque salpicados ahora con destellos fríos de risa.

—Los pasajeros no suelen darnos tantos problemas al llegar a su parada —le dijo a la mujer.

Ella le devolvió la sonrisa, pero habló con una voz tierna, apenada.

—No, en general ni siquiera protestan. Cuando llega el momento, lo aceptan y ya está.

—Aceptan ¿qué? —preguntó Mary con curiosidad, recordando la cara asustada de la mujer rubia, su boca húmeda, del color brillante de la sangre.

El revisor, tras guiñarle un ojo a la mujer, se alejó por el pasillo, con las luces ardiendo como velas en los huecos de la pared y la bóveda metálica del coche arqueándose encima. La luz roja de la estación entraba sesgada por las ventanillas del vagón, tiñendo fugazmente de escarlata el rostro de los pasajeros. Entonces el tren volvió a ponerse en marcha.

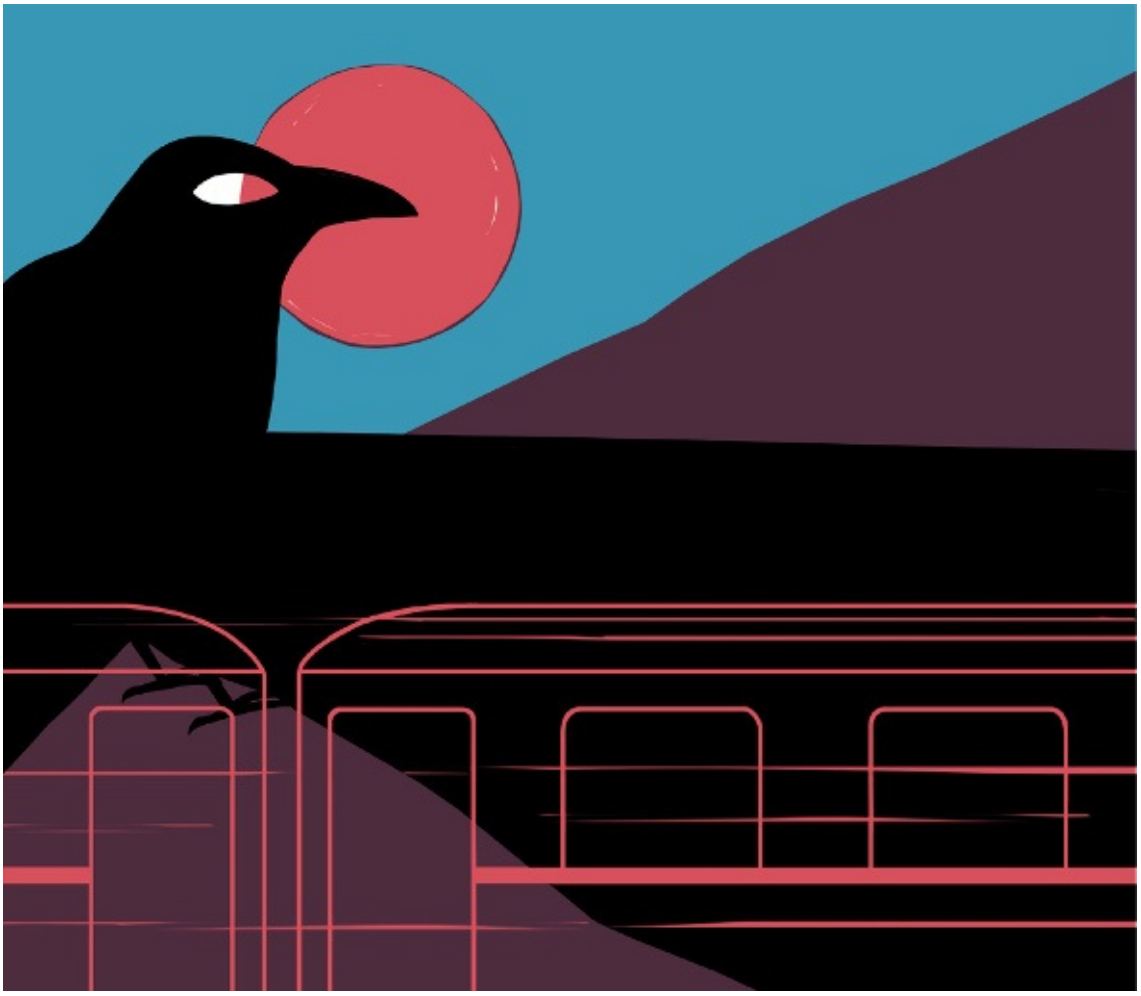
—¿Qué es lo que aceptan? —insistió Mary.

No pudo contener un escalofrío, como si notara una corriente de aire.

—¿Tienes frío, querida?

—No. ¿Qué aceptan?

—El destino —contestó la mujer antes de retomar su labor y seguir tejiendo la malla de lana verde hoja. Diestramente, hincaba la aguja, pasaba la hebra y hacía resbalar la lazada por la aguja. Mary observó sus manos competentes, hábiles—. Los pasajeros se compran un billete —prosiguió la mujer, contando en silencio los puntos de la aguja—. Se compran un billete, y son responsables de bajarse en la estación que corresponda… Eligen el tren, y la vía, y viajan a su destino.



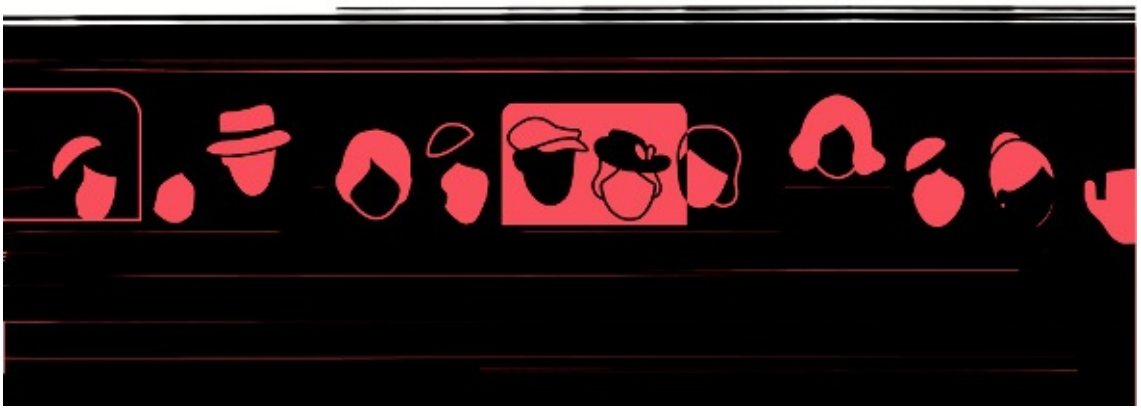
—Lo sé. Pero esa mujer… Parecía muy asustada.

—Sí, a veces hay pasajeros así. Los nervios de última hora, ya sabes. Se dan cuenta demasiado tarde, y lamentan haber comprado el billete. Pero lamentarlo no sirve de nada. Deberían haber pensado de antemano si querían hacer el viaje.

—Sigo sin ver por qué ella no puede haber cambiado de opinión y decidido no bajar del tren. Podría haber pagado el recargo al final del trayecto.

—La compañía ferroviaria no lo permite, en este viaje —dijo la mujer—. Eso crearía confusión.

Mary suspiró.



—Bueno, al menos el resto de los pasajeros parecen bastante contentos.

—Sí, ¿verdad? Por eso da pavor.

—¿Pavor? —La voz de Mary subió de tono—. ¿Por qué da pavor? Usted hace que todo suene tan misterioso…

—En realidad es bien sencillo. Los pasajeros están tan hastiados, tan apáticos, que ni siquiera les importa adónde van. No les importa hasta que llega la hora, en el noveno reino.

—Pero ¿qué *es* el noveno reino? —exclamó Mary, airada, con cara de angustia, como si fuera a echarse a llorar—. ¿Qué hay en el noveno reino para que sea tan espantoso?

—Bueno, bueno —la calmó la mujer—. Toma un poco más de chocolate. No me lo puedo acabar todo yo sola.

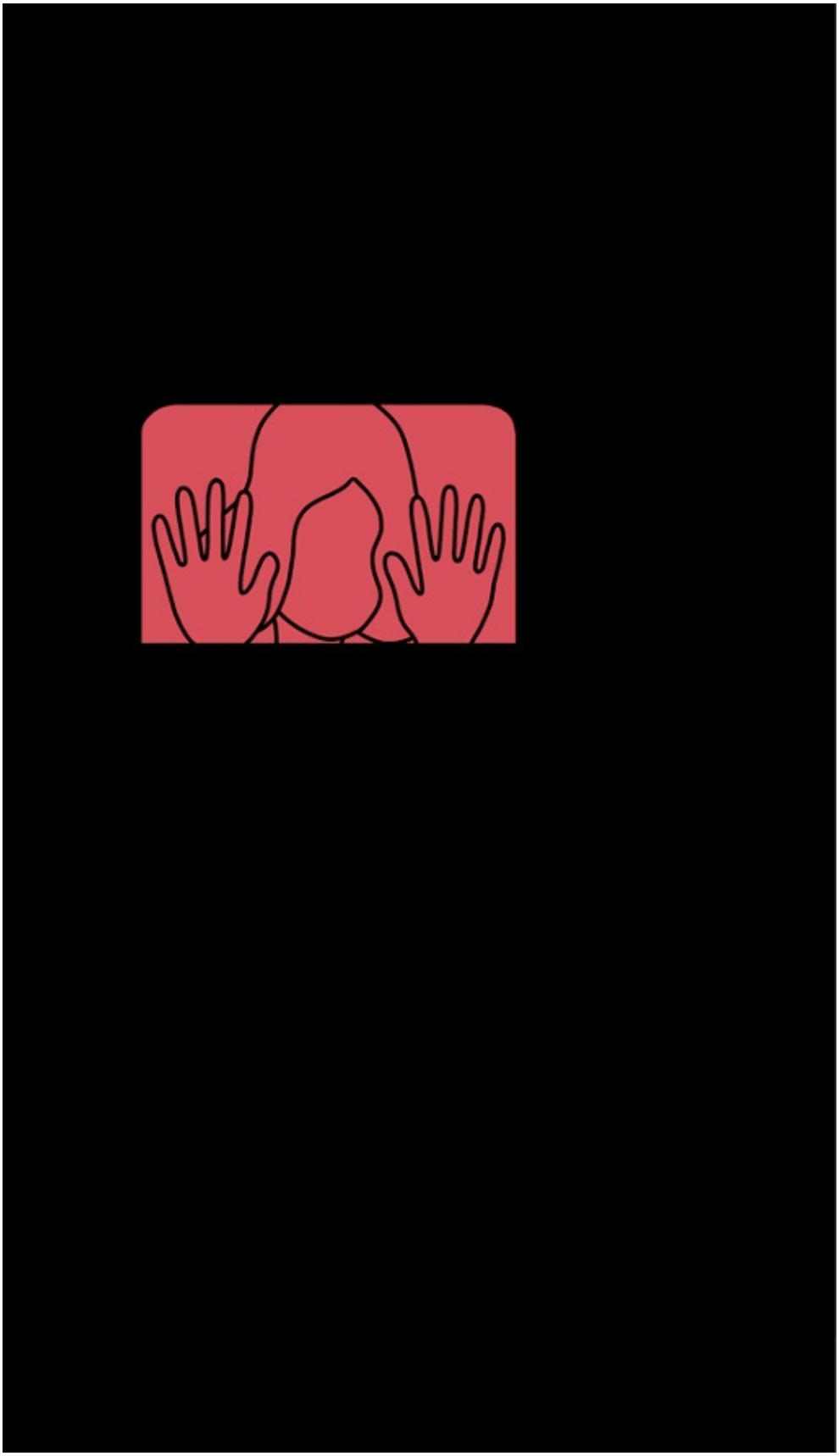
Mary aceptó un trozo y se lo metió en la boca, pero le notó un regusto amargo.

—Serás más feliz si no lo sabes —dijo la mujer, con tacto—. La verdad es que no está tan mal, una vez llegas allí. El viaje por el túnel se hace largo, y el clima cambia gradualmente. Cuando te acostumbras al frío, duele menos. Mira por la ventanilla. Ha empezado a formarse hielo en las paredes subterráneas, y nadie se ha quejado o se ha dado cuenta siquiera.

Mary miró por la ventanilla hacia las paredes negras, que pasaban a toda velocidad. Había arroyuelos grises de hielo en las grietas de las piedras. La superficie helada captaba la luz del vagón y resplandecía, como llena de frías agujas de plata.

Mary se estremeció.

—Nunca habría venido, de haberlo sabido. No pienso quedarme. De ninguna manera —exclamó—. Tomaré el próximo tren de vuelta a casa.



—No hay viajes de vuelta en esta línea —dijo la mujer, suavemente—. Una vez llegas al noveno reino, no hay retorno posible. Es el reino de la negación, de la voluntad congelada. Tiene muchos nombres.

—Me da igual. Voy a bajarme en la siguiente parada. No pienso quedarme en el tren con esta horrible gente. ¿Acaso no saben, no les importa adónde van?

—Están ciegos —dijo la mujer, sin dejar de mirar a Mary—. Están completamente ciegos.

—¿Y usted? —gritó Mary, encarándose con la mujer—. ¡Supongo que usted también está ciega!

Su voz se disparó, alta y aguda, pero nadie prestó atención. Nadie se volvió a mirarla.

—No —dijo la mujer, con repentina ternura—, ciega no. Ni sorda. Pero da la casualidad de que sé que el tren no va a hacer más paradas. No hay ninguna parada más prevista hasta que lleguemos al noveno reino.

—¡Pero no lo entiende! —Mary arrugó la cara y se echó a llorar. Las lágrimas le resbalaron entre los dedos, húmedas y ardientes—. No lo entiende. La decisión de ir a bordo de este tren no fue mía. Fue de mis padres. Ellos querían que me marchara.

—Pero dejaste que te compraran el billete —insistió la mujer—. Dejaste que te montaran en este tren, ¿no? Aceptaste y no te rebelaste.

—Aun así, no fue decisión mía —exclamó Mary con vehemencia, pero notando los ojos de la mujer encima, capa tras capa azul de reproche, y sintió que se hundía, ahogada en la vergüenza.

La lanzadera de las ruedas del tren clavó la fatalidad en su cerebro. Culpa, cloqueaban las ruedas del tren como pájaros negros orondos, culpa, culpa, culpa, culpa.

Culpa, decían al entrechocarse las agujas de tejer.

—Usted no lo entiende —Mary empezó de nuevo—. Por favor, deje que se lo explique. Intenté quedarme en casa. En realidad no quería venir. Incluso en la estación quería dar media vuelta.

—Pero no diste media vuelta —dijo la mujer, y mientras clavaba la aguja y pasaba la hebra, sus ojos estaban tristes—. Elegiste no volver, y ahora ya no puedes hacer nada para remediarlo.

Mary se irguió de repente, y lanzó una mirada iracunda a través de las lágrimas.

—¡Oh, sí que puedo! —dijo desafiante—. Hay una cosa que todavía puedo hacer. Voy a bajarme de todos modos, ahora que aún queda tiempo. Voy a tirar del cordón de emergencia.

De pronto la mujer esbozó una sonrisa radiante y sus ojos se iluminaron con admiración.

—Ah —murmuró—. Bueno. Tienes agallas. Has dado en el clavo. Ese es el único truco que queda. La única opción para afirmar la voluntad. Pensé que eso, también, se había congelado. Ahora hay una oportunidad.

—¿A qué se refiere? —Mary se echó atrás con recelo—. ¿A qué se refiere, con que hay una oportunidad?

—Una oportunidad para escapar. Escucha, nos acercamos a la séptima estación. Conozco bien este trayecto. Hay tiempo. Te diré cuál es el mejor momento de tirar del cordón, y entonces debes echar a correr. El andén de la estación estará desierto. No esperan que suban o que bajen pasajeros en este viaje.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo voy a creerla?

—Ah, criatura incrédula. —La voz de la mujer estaba cargada de ternura —. He estado de tu parte en todo momento. Pero no podía decírtelo. No podía ayudarte hasta que hubieras tomado por ti misma la iniciativa. Esa es una de las reglas.

—Reglas, ¿qué reglas?

—Las reglas que hay en el libro de la compañía ferroviaria. Cada organización tiene que regirse por unas normas, ya lo sabes. Ciertos mandamientos para que las cosas marchen.

La mujer continuó.

—Nos estamos acercando a la estación del séptimo reino. Ve por el pasillo hasta el final del vagón. No habrá nadie vigilando. Una vez allí, tira del cordón y, pase lo que pase, no titubees. Echa a correr.

—Pero ¿y usted? —dijo Mary—. ¿No viene también?

—¿Yo? Yo no puedo ir contigo. Debes dar este paso sola, pero ten por seguro que pronto te volveré a ver.

—¿Cómo? No entiendo cómo. Usted me dijo que no hay viaje de regreso. Me dijo que nadie puede abandonar el noveno reino.

—Hay excepciones —explicó la mujer, sonriendo—. Yo no tengo por qué obedecer todas las leyes. Únicamente las leyes naturales. Pero ahora debes darte prisa. La estación está cerca, y es el momento.

—Espere, un instante nada más. He de coger mi maleta. Tengo todas mis cosas dentro.

—Deja la maleta —ordenó la mujer—. No te va a hacer falta. Solo sería un lastre. Y recuerda: corre, corre como el viento. —Bajó la voz—. Habrá una salida, una puerta vivamente iluminada. No la tomes. Sube por la escalera, aunque se vea oscura, aunque haya lagartos. ¿Confiarás en mí, y tomarás la escalera?

—Sí —dijo Mary, se levantó y, pasando por delante de la mujer, se escabulló hasta el pasillo—. Sí.

Empezó a andar despacio, con naturalidad, hacia el fondo del coche. Nadie se fijó en ella. Al final del pasillo, tiró del cordón que llevaba el rótulo de EMERGENCIA e iba clavado a la pared.

En el acto, la terrible sirena empezó a aullar a lo largo del tren, rasgando el silencio. Mary abrió la puerta de golpe y se escabulló por la inestable plataforma entre los dos vagones. Hubo un crujido de engranajes, un chirrido del metal al rozar contra el metal, y el tren se detuvo con una sacudida.

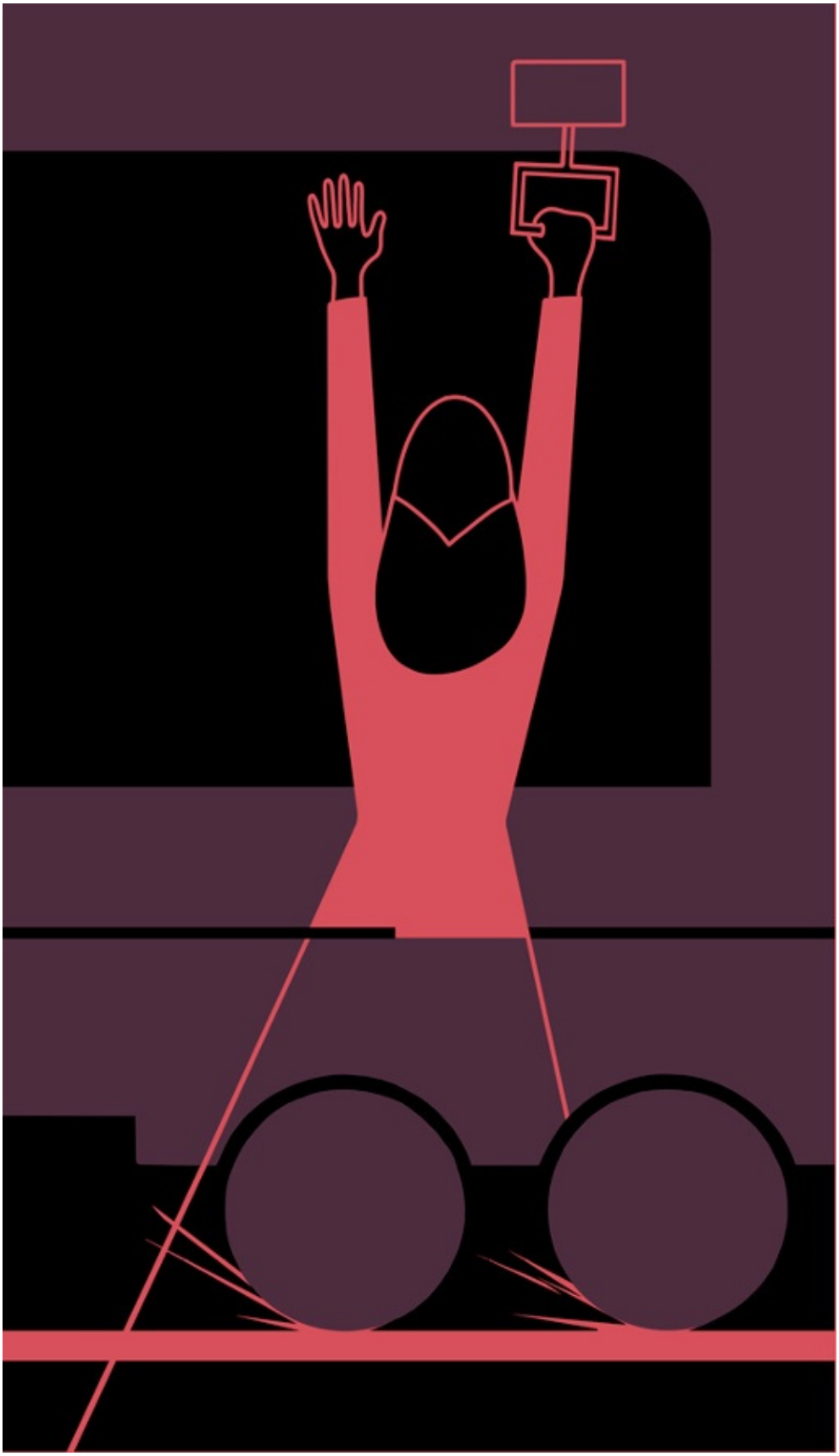
Era el andén del séptimo reino, y estaba desierto. Mary bajó de un salto los tres escalones del tren e impactó en el cemento con una punzada de dolor en la planta de los pies. Se oyeron los gritos, entonces, de los revisores del tren.

—Eh, Ron, ¿cuál es el problema?

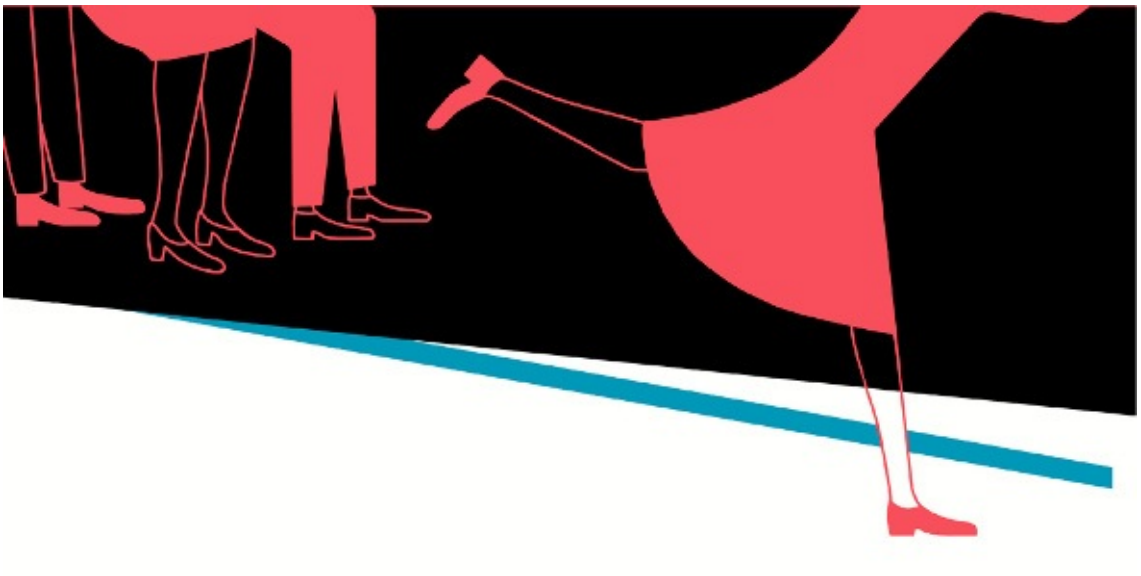
Era una voz áspera. Faroles rojos llameaban a través de los vagones.

—¿Problema, Al? Pensaba que eras tú.

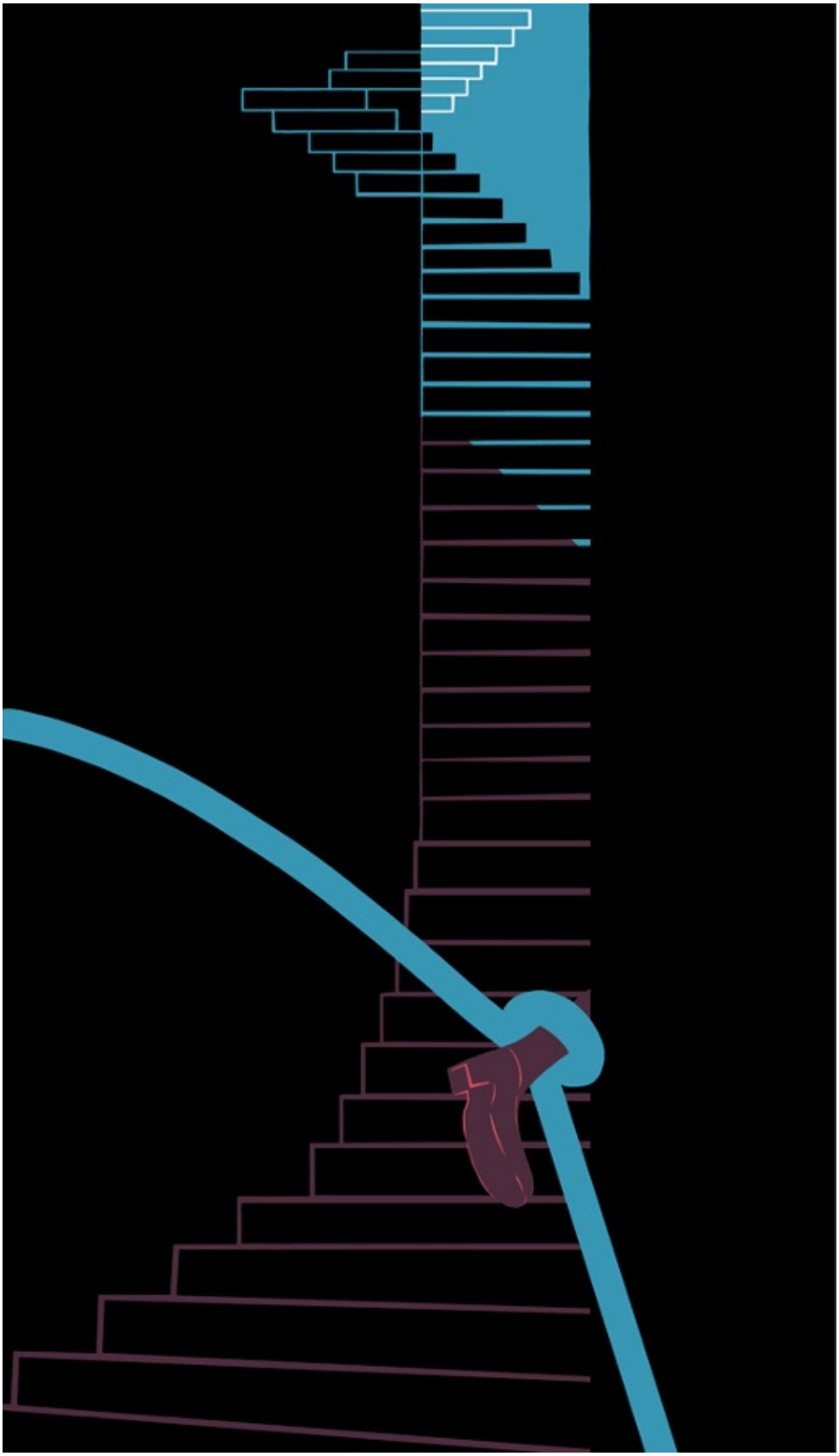
Delante había una puerta, tachonada con brillantes luces rojas de neón, y llegaba el ritmo sincopado de jazz desde la distancia, atrayente. No, la puerta no. A la derecha subían unas escaleras oscuras, amenazadoras y angostas. Mary se volvió y corrió hacia ellas, con el eco de sus pasos rebotando en las paredes de piedra. Sintió la respiración atrapada bajo las costillas, tensa y dolorosa. Los gritos se hicieron más fuertes.



—¡Mira! Es una chica. ¡Se escapa!
—¡Atrápala, rápido!
La luz roja creció tras ella, persiguiéndola.
—¡El jefe nos despedirá, no se puede perder ni un alma en este viaje!



Mary se detuvo un segundo al pie del tramo de escaleras y echó un vistazo atrás. Las ventanillas del tren eran casillas doradas, y las caras miraban hacia fuera aburridas, cadavéricas, impersonales. Solo los revisores habían bajado corriendo del vagón tras ella, con la cara colorada por el resplandor de las luces de neón de la salida y de los faroles encendidos que se balanceaban, humeantes.



Ahogó un grito en la garganta. Se volvió y se lanzó hacia la escalera, una escalera oscura y empinada que subía en espiral. Notó el roce de una telaraña en la mejilla, pero siguió corriendo, dando traspiés, lastimándose los dedos con las ásperas paredes de piedra. Vio salir disparada una culebrilla de una grieta en uno de los peldaños. Notó que se le enroscaba gélidamente en el tobillo, pero no dejó de correr.

Los gritos de los revisores cesaron al fin, debilitándose a lo lejos, y entonces Mary oyó que el tren volvía a ponerse en marcha y se adentraba hacia el corazón helado de la tierra con una especie de estruendo sumergido. Solo entonces dejó de correr.

Recostándose un instante en la pared tiznada de hollín, jadeando como un animal acorralado, intentó tragar el denso regusto a latón que tenía en la boca. Era libre.

Empezó a subir de nuevo trabajosamente por la escalera oscura, y, a medida que iba ascendiendo, los peldaños se hicieron más amplios, más lisos, y el aire se enrareció, volviéndose más ligero. Poco a poco el pasadizo se ensanchó, y de algún lugar más allá llegó el tintineo de las campanas de una torre, claro y musical. Como un eslabón de metal, la culebra se desenroscó de su tobillo y reptó hasta esconderse en la pared.

Justo cuando tomaba la siguiente curva de la escalera, la luz natural del sol cayó sobre ella en todo su esplendor, y Mary olió la olvidada fragancia del aire dulce, la tierra y la hierba recién cortada. Enfrente vio un portal abovedado que se abría a un parque metropolitano.

Mary llegó a lo alto de las escaleras y contempló deslumbrada los fértiles hilos dorados de la luz del sol. Palomas blancas y azules alzaron el vuelo desde el pavimento y giraron por encima de su cabeza, y oyó las risas de los niños que jugaban entre las hojas de los arbustos. Por todas partes alrededor del parque, los pináculos de la ciudad despuntaban en altos chapiteles de granito blanco, con sus ventanas de cristal refulgiendo al sol.

Como alguien que despertara de un sueño de muerte, caminó por el sendero de guijarros siguiendo los destellos de la mica que centelleaba en las piedrecitas. Era primavera, y había una mujer vendiendo flores en la esquina de la calle, canturreando. Mary vio las cajas llenas de rosas blancas y narcisos, entreverados con hojas verdes, y a la mujer del abrigo oscuro que se inclinaba con aire maternal sobre el puesto de flores.

Cuando Mary se acercó, la mujer levantó la cabeza y miró a Mary a los ojos con una mirada azul de amor triunfal.

—Te estaba esperando, cariño —dijo.

EPÍLOGO

En 1952, cuando tenía veinte años, Sylvia Plath estudiaba en el Smith College, una universidad privada exclusiva para mujeres de Massachusetts. Ingresó en septiembre de 1950: poco antes, había escrito en su diario: «Creo que me gustaría llamarme “la chica que quería ser Dios”». Estaba llena de expectativas y de ambición, pero también de inseguridades: había ganado una beca de 1.300 dólares, y quería demostrar que se la merecía. Para esa época ya escribía y había sido publicada, casi exclusivamente, en las revistas *Mademoiselle y Seventeen*: su vida se repartía entre cuidar de niños durante el verano, romances algo problemáticos y las preocupaciones académicas. Por debajo de esa vida apacible, sin embargo, latía una angustia difusa y una depresión que no era solo intensidad adolescente, sino señales del sufrimiento psíquico que la acompañaría hasta el fin de su vida. Pero este periodo, el que va entre su ingreso a en educación superior y su primer intento de suicidio —y luego, la edición de la novela *La campana de cristal*, que registra su derrumbe psicológico—, es un momento de posibilidad y latencia, en el que Sylvia Plath descubría y exploraba qué tipo de escritora y qué clase de mujer llegaría a ser.

Ganaba un poco de dinero, no mucho, gracias a los relatos que vendía a revistas. En 1952, por ejemplo, le vendió a *Seventeen* dos cuentos y cinco poemas por 225 dólares. Y también ganó el premio del concurso de relatos de *Mademoiselle*, dotado con 500 dólares, una pequeña fortuna para alguien tan joven. El cuento premiado fue «Domingo en la casa de los Minton» y le dio un impulso tremendo. Su biógrafa Lindsay Wagner-Martin afirma que en aquel verano, tras la publicación de «Domingo…», «Sylvia Plath se hizo escritora».

No es extraño, entonces, que casi inmediatamente después le enviase a la revista «Mary Ventura y el noveno reino», este relato que por primera vez se publica en español y que recién se conoció en inglés en enero de 2019, poco después de que lo hallara entre los archivos de Sylvia la crítica y académica Judith Glazer-Raymo. *Mademoiselle* lo rechazó. Sylvia jugueteó con

revisarlo, le cambió el final, pero lo cierto es que estuvo por décadas entre sus papeles y pocos sabían de su existencia. El cuento claramente le gustaba, lo envió para ser publicado a una revista que la había premiado; pero el rechazo no le dolió demasiado o al menos no lo registra como importante ni en sus diarios ni en las cartas a su madre, Aurelia (en estos años la correspondencia entre ambas era constante). Así que «Mary Ventura y el noveno reino» es un hallazgo que viene a sumar una pieza más al rompecabezas de esta mujer que lo ha sido todo para todos. Biografías, películas, innumerables estudios críticos y hasta una ópera sobre su vida y su obra se complementan con ediciones de sus cartas, sus diarios y todos sus relatos, su tesis y sus libros infantiles. Al mismo tiempo, su figura va mutando: la escritora desgarrada entre la domesticidad idealizada de la época que le tocó vivir y su propia personalidad oscura, algo salvaje; la pionera feminista, la enferma mental, la mujer destruida por un hombre tormentoso y cruel, la madre suicida, la víctima, la heroína, la abandonada. En su fantástico libro de 1993, *La mujer en silencio*, la periodista y crítica literaria Janet Malcolm la usaba como ejemplo sobre la imposibilidad de escribir una biografía. Y agregaba: «El modo en que la niña bien alimentada y rubia en Estados Unidos se convirtió en la mujer delgada y blanca en Europa que escribió poemas como «Lady Lazarus» («Morir / es un arte, como todo. Yo lo hago excepcionalmente bien») sigue siendo un enigma de la historia literaria, un enigma que está en el núcleo de la urgencia nerviosa que impulsa la empresa biográfica de Plath y de la fascinación que la leyenda de Plath ejerce sobre nuestra imaginación».

Así, ya es imposible leer cualquier texto de Plath dejando de lado su mito. Sin embargo, hay que pensar que este cuento se escribió antes de que ella fuese redactora invitada de *Mademoiselle*, experiencia que recrea en *La campana de cristal* y, por supuesto, antes de conocer a Ted Hughes en Inglaterra, su Heathcliff, su sueño y su pesadilla. Esta es otra Sylvia: una alumna brillante, una joven triste y desbordada, una escritora en busca de su voz. Escribe Malcolm: «Una persona que muere a los treinta años, en pleno desconcierto de una separación, permanece fija para siempre en ese desconcierto». Esto era muy cierto en 1993, cuando publicó su libro. Ahora ya tenemos más elementos para leer a Sylvia Plath lejos de ese helado invierno de 1963, cuando se suicidó en su casa de Fitzroy Road mientras sus hijos dormían.

«Mary Ventura y el noveno reino» es, lo decía la propia Sylvia, un cuento «vagamente simbólico». La trama es tenue, sencilla e inquietante: una joven, Mary (el nombre es el de una amiga de secundaria de Sylvia, a quien

admiraba por su carácter «vital, una modelo de artista»), es obligada por sus padres a tomar un tren. «Ya sabes cómo son los trenes. No esperan», dice el padre, cuya implacable insistencia es sospechosa. Una vez ubicada con su maleta, Mary tiene sensaciones contradictorias respecto al viaje. No quiere hacerlo, no está claro por qué, pero pronto se deja seducir por los lujos del vagón comedor, los mullidos divanes rojos, los pasajeros que comen «manzanas y ciruelas y uvas de invernadero de los cuencos de fruta repartidos por las lustrosas mesas de madera», por la lánguida música de salón. Fuera, sin embargo, lo que ve por la ventana no es tan agradable: inhóspitos campos otoñales, «un disco plano y naranja, que era el sol», un espantapájaros con un abrigo negruzco, a cuyos pies picotean el maíz una bandada de cuervos. El color rojo prevalece y es un signo obvio de la amenaza: el abrigo de Mary, el color de los labios de su madre y el de una pasajera que es obligada a bajar, los asientos, la cereza en el trago, el propio ticket. La inquietud de Mary se alivia cuando aparece una compañera de viaje y de asiento que borda un vestido con hilo verde. Es amable y quiere ayudarla; pero también, de a poco, le informa que el destino del tren, ese «noveno reino», es «el reino de la negación, de la voluntad congelada». Y Mary, que empieza a notar la frialdad fuera del tren y la cercanía de lo pavoroso, toma una decisión.

Hay muchas formas de pensar este cuento de rasgos fantásticos, juvenil y algo ingenuo, pero que ya contiene las bombas pequeñitas que estallarían años después. El viaje puede ser, en una lectura tenebrosa, la vida. Y ese reino helado, el fin. Una alegoría del suicidio: bajarse del tren es renunciar a la vida. Pero también puede pensarse como un relato de supervivencia. El noveno reino, al que todos van casi sin resistirse, puede ser, al contrario, el deseo de morir, el final hacia el que va la depresión cuando se descompensa. Y otra mujer, la compañera de viaje, que ya ha hecho este viaje antes, quien le advierte a Mary sobre el riesgo y le ofrece una opción: esta no es la historia de una heroína y su salvación solitaria, sino una historia de solidaridad. No es conveniente decir mucho más. Apenas que en el texto se intuye una desesperación sorda, la de no poder escapar de ese viaje hacia el que Mary va con reluctancia, pero también con resignación. La muerte acecha en el relato, como lo hace en toda la obra de Plath: la muerte es uno de los temas de su obra.

Es posible que Sylvia haya escrito este cuento cuando, en Smith, dejó la residencia de Haven, muy cómoda, por la de Lawrence, en la que las estudiantes trabajaban para pagar parte del hospedaje. Hubo otros problemas, también, en esos meses: Sylvia estaba insatisfecha en ciertos cursos, algunas

de sus compañeras no reingresaron después del verano (se casaron, empezaron a trabajar), otras debieron abortar (le llamaban «visitar al Dr. No»). Su novio, Dick —la relación iba y venía— le anunció que tenía tuberculosis y que ella debía someterse a un chequeo para descartar un contagio. La vida se enrarecía: a pesar de que Sylvia seguía siendo una alumna excelente y participaba, por ejemplo, de la *Smith Review*, la revista de la universidad, ya no se sentía tan segura de sí misma. En noviembre de 1952 escribía en su diario: «Tengo miedo. No soy sólida sino hueca. Siento tras los ojos una torpe caverna, paralizada, un pozo infernal, una bufonesca nada. Nunca he pensado. Nunca he escrito, nunca he sufrido. Deseo matarme, eludir la responsabilidad, regresar vilmente al útero. No sé quien soy, ni adónde voy». Mary tampoco sabe adónde va. Su ticket dice que se dirige al noveno reino, pero ella no sabe qué es eso, dónde queda, qué debe hacer allí, por qué sus padres la subieron al tren, por qué tantos pasajeros hacen ese mismo viaje sin quejarse o sin darse cuenta. Por supuesto, un cuento no debe leerse solo en clave de autobiografía, tampoco este. Sucede que la sensación de encontrarse perdida, tan típica de la juventud, y con frecuencia mezclada con la omnipotencia, impregna «Mary Ventura y el noveno reino».

Además, es imposible ignorar que Sylvia intentó suicidarse meses después de escribir este cuento, en agosto de 1953: forzó un armario donde había somníferos, se llevó un frasco lleno y se escondió en un espacio hueco que quedaba debajo del dormitorio de la primera planta de su casa. Dejó una nota para su madre en el comedor, que decía: «Voy a dar un paseo largo. Volveré mañana». Estuvo inconsciente dos días en ese escondite como de animal: su madre denunció la desaparición y la foto de Sylvia apareció en los diarios con el titular: «Bella joven de Smith desaparece en Wellesley». La encontraron porque la oyeron gemir, y le salvaron la vida.

Otra lectura posible de «Mary Ventura…» es la de estar atrapada en una pesadilla. El sufrimiento psíquico de la enfermedad mental se parece mucho a los terrores nocturnos. La soledad de ver cómo los demás funcionan, al menos un poco; cómo son felices, al menos a ratos; el que sufre no puede escapar de sí mismo, encerrado en su casa de angustia, en su propio vagón que va hacia la catástrofe.

MARIANA ENRIQUEZ

SYLVIA PLATH (1932-1963) es una de las escritoras más admiradas del siglo XX. Poeta, novelista y autora de relatos, tanto ella como su obra se han convertido en un clásico contemporáneo. Su máximo reconocimiento fue fruto de la publicación póstuma de su colección de poemas *Ariel* (1965). Póstumamente también ganó el premio Pulitzer por su poesía. Sylvia Plath se suicidó a los treinta años, después de sufrir una larga depresión. Un mes antes de su muerte se publicó la que sería su única novela y su obra más icónica, *La campana de cristal*.

MARIANA ENRIQUEZ nació en Buenos Aires en 1973. Periodista y narradora consagrada, ha escrito novelas como *Bajar es lo peor*, *Cómo desaparecer completamente*, *Éste es el mar* y *Las cosas que perdimos en el fuego*, entre otras. Sus novelas y cuentos han sido traducidos en todo el mundo.

MÒNICA BONET es ilustradora y diseñadora gráfica. Su trabajo fue seleccionado en 2017 para formar parte del VIII Catálogo Iberoamérica Ilustra, que organiza la Fundación SM. Ha sido finalista de los Premios Junceda de ilustración en 2018 y de los mismos premios en categoría de edición en 2019.